

DOS CUENTOS DE MAHDĪ ʿĪSÀ Ş-ŞAQR

Por
MARCELINO VILLEGAS

En otro lugar de este mismo número de la REVISTA comento el último libro de cuentos del escritor iraquí Mahdī ʿĪsà Ş-Şaqr. En mi comentario me quejo de que el escritor no haya incluido «as-Saḥāba l-bayḏāʾ wa-l-musāfir» entre los relatos que imprime en el volumen. La razón de mi queja es que considero superior, dentro de la misma línea, ese cuento a «Ḥayrat sayyida ʿaḡūz», con que el autor titula y abre su colección de cuentos.

Considero, pues, que es oportuno ofrecer al lector la traducción de ambas obras y dejar a su juicio si es más acertada la preferencia del escritor o la preferencia del crítico.

La lectura paralela muestra que los dos relatos son homólogos, y su técnica idéntica: párrafos y frases breves; abundante diálogo. De los cuentos dados a la estampa por Mahdī ʿĪsà Ş-Şaqr entre 1969 y 1982 son los únicos que extreman tal tendencia de estilo. Otros rasgos, como la unidad de espacio y tiempo, son compartidos por todos, con la excepción de «Man alladī yuṣallī ʿalā l-mayyit?». También comparten, sin excepción, la importancia del espacio único, que el escritor explora y materializa con profundidad y sin insistencia.

En la forma de «as-Saḥāba l-bayḏāʾ wa-l-musāfir» y «Ḥayrat sayyida ʿaḡūz» se evidencia la intención reflexiva del escritor; tema, propósito, anécdota y tono exponen una visión problemática, dual y antagonica del mundo.

La dualidad puede parecer en un principio multiplicidad; la aparente multiplicidad no es, sin embargo, sino una misma oposición basal analógicamente transformada. Sus transformaciones pueden graduarse y nombrarse así: no poder/poder; indiferencia/amor; dependencia/libertad; muerte/vida. Planteadas en el plano de la anécdota dan dos situaciones, que son la espera y la búsqueda; a ellas se remite toda la narrativa última de Mahdī ʿĪsà Ş-Şaqr.

«As-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» y «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz» desarrollan sendas situaciones de espera; espera significativa en el primer cuento, espera insignificante en el segundo.

En el plano del propósito, la oposición dual genera cuentos de queja y cuentos de protesta; en el del tono narrativo, tremendismo y distanciamiento. «As-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» es cuento de queja y tremendista; «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz», de protesta y distanciado. No obstante, los dos se desarrollan apoyados en el mismo medio, que es lo implícito, todo lo que los personajes y el escritor mismo no dicen, aunque tienen la atención puesta en ello.

Y cuando calificó «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» de tremendista no olvidó el uso del humor negro (procedimiento de protesta y distanciado por excelencia) en toda la parte final del relato.

Tanto «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» como «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz» son cuentos narrados en primera persona. La presencia del narrador testigo y su relación con la acción que transmite no quedan satisfactoriamente justificados en aquél. No es el caso de «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz».

La descripción del espacio que acoge la acción en tan perfecta como apasionante en los dos cuentos; los objetos y todo lo inanimado adquieren una vitalidad precisa y misteriosa, sin abandonar nunca el campo referencial y funcional (la chimenea en «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz»; la bandeja de comida en «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir», por poner dos ejemplos sencillos).

En varios aspectos, «Ḥayrat sayyida 'a'ŷūz» es cuento más depurado que «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir». La exactitud verbal y el ritmo de la acción, enlazado a las cosas, evidentes ya en éste, son deslumbrantes en aquél. En «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» se perciben huellas de inseguridad; la más clara es la repetición de palabras en los clímax. El escritor trata de paliar así algo que, sin serlo, él siente como un vacío, y el tremendismo deriva hacia el efectismo (es decir, hacia la falsificación).

Por otro lado, «as-Saḥāba l-bayḍā' wa-l-musāfir» tiene aciertos como su título. La fuerza de éste radica en que sugiere un mundo luminoso, suave, de ensueño, mundo que la acción del relato contradice situando las expresiones en relación con sus referentes verdaderos, siniestros, hirientes: la nube blanca es la apariencia fotográfica de una enfermedad; el viajero es alguien que va a vivir un cambio (1), pero no hacia el conocimiento, el disfrute y la relación, sino hacia la deshumanización, hacia la muerte.

Mahdī 'Isā ṣ-Ṣaqr supera con este título los ideados por los jóvenes escritores árabes de los años 60 (2), que fueron quienes propugnaron en pri-

(1) Cfr. mi Tesis Doctoral, *Prosista iraquíes de la realidad: 1945-1958*, pp. 185 y 104.

(2) En carta fechada en Túnez el 29 de noviembre de 1982, me dice 'Abd ar-Rahmān Ma'ŷūd ar-Rubayṭ: «Personalmente considero a Mahdī 'Isā ṣ-Ṣaqr el mejor cuentista de los años 50, y mucho más impor-

mer lugar el empleo de títulos largos y al parecer incoherentes que, en realidad, buscaban manifestar una desencantada percepción de las contradicciones entorno, del desacuerdo entre apariencia y realidad. Ninguno logró, sin embargo, tan feliz identificación entre expresión figurada y expresión objeto ni tan brutal contraste entre significado aparente y significado real. «Al-^oAnf wa buqūl al-amwāt» (1967), por ejemplo, del escritor marroquí Muḥammad Šukrī, es un buen título que adolece del defecto de no aportar un término equívoco en su principio. En consecuencia, la acción del relato no puede darnos nada que el título no anuncie ya con su primera palabra. No ocurre lo mismo con la segunda mitad, que sugiere algún antiguo rito de legendarias civilizaciones y que el relato precisa como verduras auténticas que nacen *encima* de las tumbas de un cementerio y que permiten que dos desclasados sobrevivan con el dinero que obtienen de la venta.

Pero me alejo de mi propósito, que es, como ya he dicho, ofrecer la versión de dos relatos en cuya valoración han diferido por un momento autor y crítico, y contribuir al conocimiento de la obra del excelente narrador que es Mahdī ʿIsà ṣ-Ṣaqr.

tante que cualquiera de sus contemporáneos (...). Ahora, me parece que sus últimos cuentos no agregan nada a los de su primera etapa, aunque intenta imitar en ellos el estilo de nuestra generación (la de los años 60). De todos modos, los cuentos de este escritor son bellos y poéticos, y me gustan». El espíritu de cuerpo hace confundir a ar-Rubayʿī precedencia y perfección: que los escritores de los años 60 aportaran planteamientos nuevos no significa que fueran quienes mejor los utilizaran y más a fondo los comprendieran.

LA NUBE BLANCA Y EL VIAJERO

El viento abrasador de agosto zarandea las matas del jazmín que hay delante del pequeño edificio. La arena, las paredes, el cristal de las ventanas, todo se abrasa bajo el fulgor del sol. Dentro, pasillos pulidos, puertas, tabiques blancos, ambiente impregnado de olor a medicinas. Un quejido seco y prolongado llena el lugar y cubre todos los demás ruidos. Aaaaah. Aaaaah. Aaaaah.

— ¿Es ésa su voz?

— Sí.

— ¡Qué espantoso!

— He metido a su mujer en la habitación que queda más lejos; ya no soporta oírlo.

— ¿Y... y está usted seguro de que se muere hoy?

— Digamos que tengo la certeza de que por la tarde ya no estará vivo.

El rostro lívido y exangüe parece diluirse en la blancura impoluta de la almohada; los ojos están abiertos al vacío y nada ven; los brazos escuálidos, ya inútiles, yacen a los costados y la mano descarnada, rígida, amarilla es como un cangrejo muerto tendido entre los pliegues de la colcha. Todo consumido, menos el vientre.

— ¡Qué hinchado tiene el vientre!

— Lleno de agua. Se la extraemos y vuelve a llenársele; se la extraemos y se le llena otra vez... y así sucesivamente.

— Será doloroso.

— Nuestro deber es impedir que muera.

— ¡Pero si dice usted que es seguro que se muere hoy...!

— A pesar de todo.

— No tiene escapatoria.

No dijo nada. Se fue. Solo con los ojos que miran fijo sin ver; con la boca abierta que sólo puede quejarse; con la seca, larga, incesante queja. Aaaaah. Aaaaah. Aaaaah. A no ser por la debilidad me hubiera refugiado en el departamento. ¡Ay, qué soñador! Lo importante ahora es tu salud. Te repondrás pronto, si Dios quiere, y volverás con nosotros. No hay ojos que se atrevan a mirar esos ojos. Se fijan en el cristal de las ventanas, en el techo, en la lámpara, en el embozo blanco de la cama, en otras caras. En todo menos en esos ojos. ¿Qué quieren de mí? Yo no he hecho nada. ¿Y quién te ha dicho que hayas hecho nada? Entonces... Entonces... ¿por qué han pedido que venga? Verás, la cosa es sencillísima. Un testimonio, simplemente. Como cuando te ponen una multa, o como cuando hay una investigación o algo por el estilo. ¿No te das cuenta de que es mejor que una persona responsable esté conmigo? ¿A quién piensas que podías haber traído contigo esta vez?

En el florerito de encima de la mesa hay restos de una visita. Una visita: flores mustias que se deshacen sobre sí mismas, olvidadas, raras, inútiles. Él no ve ni huele. Sólo se queja; se queja. Sin pausa.

- Ese lamento es insoportable, dije al médico en el pasillo.
- Lo que usted oye no es un lamento. Es el sonido de la respiración.
- ¿Tan ruidosa?
- Porque respira a duras penas. Lucha.

Lo dijo con voz neutra.

- ¿Quiere ver como está por dentro?

Una vez en su despachito sacó una radiografía y la puso en contraluz.

- Mire.

Una nube blanca que empezaba a la altura del vientre y que se extendía y lo cubría todo, dejando sólo una mancha oscura de costillas cerca del cuello.

- Me pasma que haya durado tanto.
- ¿Puedo ver a su esposa?

El clamor de su aliento llena los corredores y nos persigue. Entra con nosotros en la habitación.

- ¿Cuándo, doctor, cuándo?

Delgada y chica. En la cara cansada, lágrimas secas. Los ojos enrojecidos esperan respuesta.

- ¿Cuándo se muere? Dígame.
- Cálmese, por favor. Necesita descansar. Las vidas están en mano de Dios.

Y pone tierra por medio.

- ¡Pero esto es injusto! ¡Injusto! ¿Qué hacer?

Y las lágrimas volvieron a humedecerle el rostro. ¡Ay del hombre a quien lloramos cuando está vivo! Querría llorar contigo, pero ¡somos tan conscientes! Injusto, justo. ¿Quién sabe? El cielo es como la tierra, Dios una persona. Tu marido ha caído en la trampa y asunto concluido.

Se secó las lágrimas, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y escuchó. Su oído atado la voz. Aaaaah. Aaaaah. Aaaaah. Atraviesa las puertas y llena los rincones del hospital.

—¿Dónde ha dejado los niños?

Alzó los ojos sorprendida. Una pregunta íntima.

—En casa, contestó al rato.

—¿Hay alguien con ellos?

La pregunta quedó en suspenso. La respiración de él la acorralaba y no podía zafarse. ¡Habla! ¡Habla! ¡Deshazte un poco de la voz!

—Su abuela y la hermana de él.

Tenía el pelo alborotado. Allí desde hacía dos días, viviendo las convulsiones de la voz.

—Ayer vi al mayor jugando a la puerta.

—¡Hijos!

Lo dijo con amargura.

—¿En qué curso está?

Reflexionó largo rato. Había comprendido el juego. Se trataba sólo de hacer ruido con la voz. Un intento de evasión.

—Debe de ser listo.

—...

En el rincón, en una mesita, una bandeja de comida sin tocar.

—¿Qué edad tiene?

—¿Quién?

—El chico.

—Diez años.

La voz se esfuma un poco, se convierte en una cadencia monótona. El telón de fondo de nuestro crispado diálogo, parte del ambiente del hospital; como el olor a medicinas, la blancura de las paredes, el brillo del suelo.

—La pequeña, ¿no va aún a la escuela?

—No.

—¿Qué edad tiene?

—C...

En el ámbito del hospital había un vacío. La voz. La voz no era ya como antes. De repente había disminuido.

Al lanzarse hacia fuera tropezó con la silla. El blanco de la bata del médico se entrevió un momento y desapareció. La voz se apagó por completo antes de que llegáramos a la habitación. Dejó de oírse. El médico estaba a la cabecera; él tenía los labios estremecidos y la cabeza hundida en la almohada. Momentos después expiró y al quedar él rígido todo se congeló.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!, exclamó a mujer. Y se desplomó en la silla sollozando y desvariando.

La cara amarilla, consumida, callaba ahora, oculta bajo el blanco del embozo.

- A mi parecer deben enterrarlo cuanto antes. Con este calor...
- Tengo que llamar a la ciudad.
- Utilice el teléfono de mi despacho.

La radiografía olvidada junto al aparato. La nube blanca que lo invade todo ahora parece oscura contra la superficie mate de la mesa.

—Aló... Sí, hace un momento... Oye, tráete la caja enseguida... Y hielo... Con dos barras basta... De camino te pasas por el domicilio del difunto: que los niños se retiren a otro sitio... Y que te den la documentación de él... No tardes.

- Le he oído pedir su documentación.
- ¿No es necesaria para extender el certificado de defunción?
- Sí. Pero es que la tenía aquí, guardada debajo de la almohada.
- Entonces... Entonces... ¿sabía...?
- ¿Pues qué pensaba?
- ¿Desde cuándo?
- Casi desde el principio.

A no ser por la debilidad habría ido a refugiarme en el departamento. ¡Lo supo desde el principio!

—Hace más de dos meses pidió que viniera un notario y redactó el testamento. Lo dispuso todo y a esperar.

¡Nos habíamos puesto en vergüenza delante de él! ¡Nuestras miradas artificiales! ¡Nuestras sonrisas falsas y mentidas! ¡Los largos silencios! ¡La rebusca laboriosa de palabras inocuas! ¡Nuestras huidas de la habitación con el pretexto de un pitillo! Y él... sabiéndolo.

- Tengo que pasar visita.

El médico se alejó.

Otros enfermos tras las puertas. Ruido de pasos. Ahora se oyen voces confusas que ocultaba la voz elástica, incansable. Pero la calma es lo que do-

mina. Una calma extraña. Falta algo. Hay un vacío, y el eco de unos ayes que aún no han desalojado el ámbito del hospital y que siguen repitiéndose en la mente.

Sonó el timbre del teléfono. Al otro lado de la línea una voz sobresaltada, atropellada, chillona:

—Aló. No encontramos la documentación. ¿Me oyes?

—No te preocupes. Basta con el hielo y la caja. Y ven cuanto antes.

El rostro húmedo de lágrimas de la mujer reposaba sobre el brazo apoyado en el borde de la cama, cerrados los ojos exhaustos. Él yacía en silencio, tapado con el embozo. La documentación, debajo de la almohada; dispuesta. Los coches no llegarían antes de una hora; hasta entonces, sólo quedaba esperar.

1969

DESCONCIERTO DE UNA VIEJA DAMA

Fuera el aire es muy frío. Está encapotado el cielo y llueve desde hace dos días. Escampa un rato y vuelve a empezar. El agua brilla en el asfalto de la calle, en la carrocería de los automóviles, en la superficie de los paraguas que ocultan el rostro a los apresurados viandantes. La dueña del hotel —una anciana de sesenta años cumplidos y constitución endeble— está instalada en la sala tibia y hojea el periódico. En la alfombra, a sus pies, está echada su gata blanca, con los ojos cerrados y la cabeza próxima al fuego que arde en la chimenea. Alterno el contemplarla y el mirar a través del cristal de la ventana el movimiento de personas y coches en la calle y el cielo oscuro, en busca de algún intersticio por el que los añorados rayos de sol puedan atravesar la espesa capa de nubes. Al otro lado de la calle negra y lavada hay un trecho de césped que por la sombra de las nubes parece de verde muy oscuro. Luego, un espacio de arena y cantos. Después viene el mar, una inmensidad color plomo roñoso.

—¿Tienen este tiempo todos los veranos?, pregunté a la dueña del hotel al verla dejar el periódico en la mesa y mirar sombriamente las llamas en la chimenea.

Alzó la cara hacia mí.

—Todos no.

—Pero que llueva de esta forma tiene que afectar su negocio.

—Desde luego, dijo.

Y a continuación se inclinó hacia la gata y se puso a frotarle la cabeza con la mano descarnada. La gata abrió los ojos y miró inquisitivamente a su ama; luego volvió a poner la cabeza entre las patas y a cerrar los ojos.

—¡Qué perezosa es! ¡Y cómo le gusta instalarse junto al fuego!, exclamó cariñosamente la anciana, lo mismo que una madre que habla de un chico suyo.

Y dio un suave puntapié, en broma, a la gata en el vientre. Pero la gata ni la miró esta vez.

—Cuánto está durmiendo Ben, añadió la anciana mirando hacia la entrada de la sala.

Ben era el otro huésped, un chico joven, de unos treinta años, que había llegado el mediodía anterior. Por la tarde le vi salir y después no había vuelto a verle.

— ¡Si él hubiera sabido que haría este tiempo...!, dijo la anciana con lástima. Pero en su voz no había el menor timbre de amargura por la mala temporada. Si así estaba en verano, ¿qué sería en invierno!

— ¿Viene alguien a esta ciudad en invierno?, le pregunté.

— Algún hombre de negocios; por un día o dos.

— Y entonces, ¿qué hace?

— Nada, contestó resignadamente. Cierro la puerta de la casa y vivo sola.

— ¿No tiene hijos?

La pregunta quedó en suspenso un rato.

— En mi vida he visto un animal al que le guste el fuego como a Sandy, dijo cogiendo la gata de la alfombra y poniéndosela en el regazo.

Y empezó a pasarle la mano por el lomo, que se hizo un ovillo en el regazo. Por no parecer grosera contestó al fin, contemplando las lenguas de fuego en la chimenea.

— Tengo un hijo y una hija... Pero... mírela cómo se frota la cabeza. ¡Y la tiene ardiendo! ¡Qué tonta!

Y descargaba la mano contra la testa del animal con ira mentida. La gata se removía, retiraba la cabeza y se dejaba hacer de mala gana.

— Eres una estupidilla... sí.

— ¿Y la visitan? Me refiero a su hijo y su hija.

Me examinó desaprobadamente, pero por último contestó, un tanto molesta:

— Viven lejos.

Y no me dejó oportunidad de preguntar nada más, pues se apresuró a preguntarme a su vez:

— ¿Cree que Ben se habrá puesto enfermo?

— No. Tiene que ser que se acostó tarde.

Fuera había escampado. Vi que los viandantes se afanaban al otro lado de la ventana con los paraguas plegados. Pero las nubes oscuras seguían cerrándonos el acceso al cielo.

* * *

Unos minutos después oímos ruido de pasos bajando la escalera, y a continuación entró Ben.

— Buenos días, dijo mientras se encaminaba a la ventana. Qué tiempo más desdichado.

Se quedó un momento considerando el cielo encapotado; luego dio media vuelta, se sentó cerca de la chimenea y estiró las piernas.

—Tengo una cefalea espantosa. ¡La cabeza se me parte!

—Si no hubieras bebido de más..., le reprendió la anciana con el tono de la madre que reprende al niño chico.

Ben se rió encantado.

—Tienes razón... ¡Qué noche!

Y volviéndose hacia mí:

—Tenías que haber venido. Dos chicas se pelearon en el pub. ¡Ay, Dios, como se zurraron!

—¿Por qué fue?, preguntó interesada la anciana.

—No sé... quizá una le quitó el amigo a la otra. O algo por el estilo.

—¿Y no trataron de separarlas los presentes?, le preguntó la anciana.

—¿Y por qué iban a intentarlo? ¡El espectáculo era tan divertido...!

—¿Quieres decir que se quedaron mirando y nada más?, dijo reprobadoramente la mujer.

—No, repuso Ben con inocencia, nos dividimos en dos bandos. Cada bando apostaba por una. Uf, cada vez que lo recuerdo... ¡luchaban como dos gatas rabiosas!

Algo parecido al espanto asomó a los ojos de la anciana mientras escuchaba consternada las palabras de Ben. Pero Ben no reparó en ella; estaba lanzado exponiendo lo ocurrido en el pub.

—Fue una pelea a vida o muerte, prosiguió. Con los pies, con las manos, con los dientes, con las uñas. Pelos arrancados por todas partes. Y en la cara, los brazos y las piernas desnudos, las ropas desgarradas y el suelo del pub... sangre.

Vi que la mandíbula inferior de la anciana bajaba y subía con movimiento espasmódico; y que las manos le temblaban.

—No... Esto es demasiado, dijo cortando a Ben, cogiendo la gata y levantándose.

Ben contempló sorprendido a la mujer mientras ésta abandonaba la sala.

—Pero, ¿qué le ha pasado?, balbució cohibido. ¿He dicho algo que haya podido irritarla?

* * *

Fuera el cielo volvía a descargar lluvia y los paraguas volvían a desplegarse sobre los cuerpos apresurados. Ben se sentó a mi lado aguantando en si-

lencio la cefalea y el arrepentimiento. De la cocina llegaba hasta nosotros ruido de entrechocar de platos y de cuando en cuando la voz de la vieja reprendiendo irritada a la gata.

—Es una vieja de buen corazón, como las nuestras, dijo al cabo de un rato Ben, desconcertado por el súbito enojo de la anciana.

—¿Las vuestras?

—Las del asilo, dijo. Pero, ¿no te parece que esto se está quedando frío?

El fuego de la chimenea había perdido fuerza. Se levantó de su sitio, cogió unas tenazas y se puso a remover las brasas. Luego colocó encima de ellas unos trozos de leña y volvió a sentarse en su sitio.

—¿Trabajas en un asilo?, le pregunté.

—Trabajo de enfermero en una residencia de ancianos, un trabajo cansado, porque la mayoría está enferma y algunos no duermen. Tenemos que inyectarles calmantes. Pero inyectar a un anciano no es cosa fácil, porque la piel ha perdido elasticidad y se ha puesto tan rugosa como el asbesto. A veces nos vemos obligados a clavar brutalmente la aguja. ¡Así...!

Y enarcó la mano como si empuñara un alfanje y a continuación atravesó decidido el aire con él. Me encontré volviéndome hacia la puerta de la sala, temeroso de que la anciana volviera y se pusiese a nuestro lado para escuchar. Pero seguía en la cocina.

—En ocasiones, prosiguió Ben en voz algo más baja, cuando clavamos la aguja de esta manera, vemos que se les saltan las lágrimas. Pero no dicen nada: sólo te miran con reproche y un poco asombrados. Es como si estuvieran en otro mundo.

Los trozos de leña seca empezaron a crepitar en la chimenea. Fuera llovía aún y el mar parecía muy lejano, como la calle y la gente y el tránsito de automóviles y la ciudad y cualquier otra cosa.

—¿Y por qué van a la residencia?

Me consideró un momento.

—¿Y quién ha dicho que van? Los llevan sus hijos, sus parientes, la seguridad social.

Y se echó las manos a la cabeza.

—Esa señora tiene razón: no debí haber bebido tanto.

—¿Quieres un comprimido?, le propuse.

—No, no. El dolor me bajará cuando coma. Así me pasa siempre. ¿No te parece raro?

Y trató de reír, pero una oleada de dolor obligó a su cara a contraerse.

* * *

Durante algún tiempo ninguno de los dos dijo nada. En la chimenea el fuego fue recobrando el esplendor de antes y la sala se caldeó. Entró la anciana con la gata en brazos.

—Tu almuerzo está listo, dijo a Ben.

El tono era neutro: sin sequedad, pero sin afecto.

—¡Qué amable eres!, exclamó Ben conciliador al levantarse. Lo había notado.

Mientras Ben se encaminaba al comedor, la mujer clavó en él una mirada de desconfianza. Ya no se sentía segura. Se volvió hacia mí.

—¿Le apetece que le traiga una taza de té?

—No, gracias. No se moleste.

—¿Piensa salir de momento?, me preguntó parada aún a la puerta.

—No, de momento no, le contesté.

—Entonces dejo la gata con usted, si no le importa. Quiero hacer los cuartos.

Dejó la gata en el suelo y ésta avanzó hasta la chimenea y se tendió en la alfombra, muy próxima al vivo fuego. La vieja meneó la cabeza descontenta; luego se fue.

* * *

—¿Qué tal te sientes ahora que has comido?

—Un poco mejor, contestó tomando el periódico de encima de la mesa.

Y empezó a pasar las hojas mirando las fotos sin mucho interés. Luego vi que su cara se demudaba al leer una noticia.

—¡Pero esto es horrible!

Y alzó el rostro hacia mí.

—¿Has leído esta noticia?

Recogí el periódico que su mano me tendía, indicándome un lugar con el dedo. La noticia se refería a una mujer anciana que vivía en un piso pequeño con tres gatos y a la que habían hallado muerta en la cama a raíz de que los vecinos se quejaran de un olor raro. Los gatos —que estaban encerrados

con ella en el piso—, le habían comido la carne de la cara y de ciertas partes de brazos y piernas.

—¿Crees que esa señora lo habrá leído?, me preguntó Ben con interés.

—No sé, le contesté. Esta mañana tuvo el periódico en las manos.

—Dios quiera que no lo haya leído, dijo contemplando la gata adormecida al lado del fuego. ¡Qué porquería!

Durante algún tiempo miró por la ventana.

—¡Esta maldita lluvia!, dijo por fin irritado.

Y miró su reloj. Momentos después oímos el ruido de los pasos de la anciana, que volvía a la sala una vez hechos los cuartos.

—Vengo por Sandy, dijo al entrar.

—Disculpad, dijo Ben levantándose, tengo que salir. Voy por el paraguas.

Pero antes de abandonar la sala se volvió como si hubiera olvidado algo.

—¿Puedo llevarme el periódico?, preguntó a la vieja. No lo he leído aún.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y Ben arrancó el periódico de encima de la mesa, lo plegó, lo ocultó en el bolsillo y salió apresuradamente.

—Ay, el cuerpo casi te arde, dijo la anciana al inclinarse y coger a la gata. ¿Le ha molestado?

—No, de ningún modo, le dije. No se ha movido de donde está.

Oímos los precipitados pasos de Ben bajar las escaleras y su cabeza se nos mostró al fin.

—¿Te traigo algo?, preguntó a la mujer.

—No, gracias. Me basta que no te acerques a ese maldito pub.

Esta vez su tono era hasta cierto punto afectuoso. Ben pareció contento.

—Como usted diga, señora mía.

Y a continuación nos hizo un gesto de despedida con el paraguas y abandonó la casa. La anciana se quedó parada donde estaba, con la gata —que parecía tan blanda como un montón de masa— en brazos. Esperó un poco, hasta verle a través de la ventana pasar por la acera abriendo el paraguas negro.

—Es un buen chico, dijo luego como si hablara de un ser querido muerto. Como todos los jóvenes. Pero no sé lo que le ha pasado en el alma — como a todos los demás—. No sé. De acuerdo que los animales devoran si el hambre los atormenta, pero... De todos modos ya apenas comprendo nada

de lo que ocurre. Me parece que soy demasiado vieja. Y usted, ¿comprende algo?

Examiné en silencio su rostro, que me pareció más arrugado. No esperaba respuesta. Por último despertó a las exigencias de su vida cotidiana como dueña de un hotel de paso y se disculpó:

—Lo siento. No quería molestarle. Trate de aprovechar el tiempo.

Y abandonó la sala hablando amorosamente a la gata:

—Vamos, chiquitina, es hora de que comas.

1982

